

Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América.
Tomo III: Jornadas VII, VIII, IX y X, 2011, 2012, 2013 y 2014. Eduardo García Cruzado (Coordinación).
Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía, 2015. ISBN: 978-84-7993-263-3. Enlace: <http://hdl.handle.net/10334/3633>

Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América

Tomo III. Jornadas VII, VIII, IX y X
2011, 2012, 2013 y 2014
"Casa Martín Alonso Pinzón"
Palos de la Frontera

Excmo. Ayuntamiento de Palos de la Frontera
UNIA_Campus Santa María de La Rábida



Los corresponsales extranjeros de la revista Rábida

Manuel Andrés García

Profesor contratado del Área de Historia de América de la
Facultad de Humanidades de la Universidad de Huelva

Hablar del hispanoamericanismo es hablar de un movimiento que interactuó con la política exterior española de manera decisiva desde el último tercio del siglo XIX. A tal efecto el año 1892 significaría un vértice dentro del movimiento y de las relaciones entre España y América. Y decimos vértice porque, por un lado, marcó los esfuerzos del hispanoamericanismo local y nacional en pro de las conmemoraciones del IV Centenario; y, por otro, porque el éxito de estas conmemoraciones supuso en sí el de las estrategias de acercamiento pergeñadas durante décadas por determinados sectores del país.

Hemos de entender que las relaciones mantenidas por España con los países latinoamericanos estuvieron marcadas por una tensión que se extendería hasta la segunda mitad del XIX. El motivo fue, fundamentalmente, la posición de fuerza adoptada por la diplomacia española prácticamente desde la independencia. Con Fernando VII la línea de actuación vendría marcada por la negativa a reconocer a los nuevos países; una postura que, con Isabel II, sería sustituida por tratados de reconocimiento y amistad individualizados, tratando de conseguir para España cláusulas con alguna compensación, indemnización o trato de favor. Así, desde 1836 en que se firmó el primero con México, hasta 1894 que se rubricaría el último con Honduras, el siglo XIX contempló un largo rosario de tratados con una intensidad especial en el periodo comprendido entre 1844 y 1865¹.

La firma de tratados bilaterales emprendida por España pudo haber supuesto un acercamiento con sus antiguos territorios y una relajación de las relaciones. Sin embargo, el mantenimiento de determinados “gestos” militares desbarataría tal opción. Hablamos de acontecimientos de los que, a día de hoy, apenas queda memoria en la sociedad española salvo en los círculos académicos, pero que en América Latina serían interpretados como rebufos del imperialismo español de antaño.

¹ Isidro Sepúlveda, *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid, 2005, p. 62.

- La expedición del general Flores a Ecuador y Perú (1846)²;
- La segunda reincorporación de Santo Domingo a España (1861-1865), que finalizaría con la que es conocida en Dominicana como Guerra de la Restauración;
- La Guerra del Pacífico o Guerra Hispano-Sudamericana (1864-1866)³. Un conflicto menor que, sin embargo, acabaría confrontando a España con Perú, Chile, Bolivia y Ecuador.
- La expedición militar a México de 1861-1862 que acabaría derivando en la entronización de Maximiliano de Austria...

Como vemos, muchos motivos para que no cuajasen las buenas intenciones.

Frente a la política de fuerza hubo otro grupo que, con distintos objetivos y medios, buscó establecer unas relaciones entre España y América basadas en planteamientos más formales y efectivos como la economía o el comercio. Este grupo estaba compuesto principalmente por la burguesía comercial catalana y andaluza⁴, que durante el segundo tercio del XIX desarrolló su potencial y vio las posibilidades que podía generar una buena relación con América. Esto explica el empeño de las Juntas de Comercio en estos años por conseguir un estado de ánimo favorable en la opinión pública para acelerar el reconocimiento de las independencias.

² Fue ésta una expedición militar organizada por Juan José Flores tras ser depuesto como presidente del Ecuador. El objetivo era transformar esa república en una monarquía por medio de Agustín Muñoz y Borbón, hijo de la reina regente María Cristina de Borbón-Dos Sicilias y su segundo esposo, Agustín Fernando Muñoz y Sánchez, Grande de España. El intento fracasó, entre otros motivos, por la oposición de Gran Bretaña a tal empresa.

³ Un conflicto menor que, sin embargo, acabaría confrontando a España con Perú, Chile, Bolivia y Ecuador. Iniciada por el incidente de Talambo, provocaría la ocupación española de las Islas Chincha y posteriormente su abandono. Las principales acciones de guerra fueron los combates navales de Papudo y Abtao, el bombardeo de Valparaíso y el combate del Callao. Las hostilidades finalizarían en 1866 y se firmaría un armisticio en 1871. Los tratados de paz, no obstante, serían bilaterales entre España y el resto de contendientes, firmándose en 1879 con Perú y Bolivia, en 1883 con Chile y 1885 con Ecuador.

⁴ Isidro Sepúlveda, *Comunidad cultural e hispano-americanismo, 1885-1936*. Madrid, 1994, pp. 37-38.

La pretensión de aumentar el comercio y contar con puertos de acogida favorables para la creciente emigración española acabaría generando una clara conciencia en torno a la necesidad de fortalecer los vínculos entre España y los países latinoamericanos. Y pocos discursos podían considerarse más idóneos para ello que la pertenencia a una misma comunidad cultural. Así, donde no llegaría la actuación estatal terminaría llegando la de otros sectores con una visión de futuro mucho más abierta y ambiciosa.

La prensa fue uno de los instrumentos que más profusamente utilizarían estos grupos para fortalecer sus posiciones, siendo habitual la fundación de revistas dirigidas a actuar de puente entre ambas orillas. Entre las más tempranas podríamos citar *La América: crónica hispano-americana*⁵ (1857-1886) y *La Ilustración Española y Americana* (1869-1921). Esta última contaría en su dirección con Antonio Angulo Heredia y Rafael María de Labra, personaje clave en el desarrollo del hispanoamericanismo español. Vemos, por tanto, cómo la revista que nos ocupa, *La Rábida*, contaba con unos antecedentes que explicarían la presencia de corresponsales y colaboradores extranjeros como parte de un proceso mucho más amplio que excedería, con creces, el ámbito local.

Huelva se sumó pronto a la marea hispanoamericanista a través de la Sociedad Colombina Onubense⁶. Fundada en 1880, la Colombina jugaría un papel destacado en la organización y conmemoración del IV Centenario, siendo precursora dentro del americanismo de un asociacionismo que cobraría un protagonismo inusitado en las décadas siguientes y que se manifestaría en agrupaciones como Unión Ibero-Americana (1885); el Centro de Cultura Hispano-Americana (1910) o la Casa de América de Barcelona (1911), reconvertida en 1929 en Instituto de Economía Americana. El prestigio de éstas ha opacado, en cierto modo, la existencia de otras como Juventud Hispanoamericana; la Casa de América de Galicia; el Instituto de Estudios Americanistas de Sevilla; la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes, de Cádiz; el Club Palós-

⁵ Una monografía muy recomendable sobre dicha publicación sería Leoncio López-Ocón, *Biografía de «La América»: una crónica hispanoamericana del liberalismo democrático español*. Madrid, 1987.

⁶ El título "Real" le sería concedido más adelante por Alfonso XII, siendo confirmado por Alfonso XIII y Juan Carlos I.

filo, de Palos de la Frontera; la Sociedad Americanista Malacitana; la Agrupación Americanista Valentina (Valencia)⁷;... Muchas, como vemos, y con frecuencia responsables del gran impulso que cobraría el hispanoamericanismo en las primeras décadas del XX y que quedaría plasmada en sus boletines.

En el caso de la revista *La Rábida* uno de los aspectos reveladores de su trascendencia será, indudablemente, el prestigio de sus colaboradores. En el caso que nos ocupa, de los extranjeros.

Hemos de decir que cuando hablamos de los corresponsales extranjeros de la revista no hablamos sólo de los de nacionalidad foránea sino que incluimos a aquellos que, siendo españoles, habían emigrado temporal o definitivamente a América. Tal circunstancia fue común en las publicaciones americanistas. Después de todo se calcula que a comienzos del XX vivían en América unos dos millones y medio de españoles que fueron, indudablemente, la base sobre la que se erigió el asociacionismo hispanoamericanista en el continente. Dos de ellos que merecen ser resaltado en su condición de corresponsales fueron Antonio Chacón Ferral y Rafael Calzada.

Antonio Chacón (también conocido como An-Cha-Fe, seudónimo con el que firmaba sus artículos) nació en Jerez de la Frontera en 1886. Emigrante en Argentina desde 1909, su figura ha sido estudiada en sus facetas de escritor, flamencólogo⁸ y pionero del andalucismo. No en vano contó con el afecto y la cercanía de Blas Infante.

Todo ello se hizo muy presente en la labor social, cultural y literaria que desarrollaría en el país americano, donde fundaría la Liga Regionalista Andaluza y la revista *Bética*. Con todo, sus colabo-

⁷ Puede sondearse una relación de las asociaciones americanistas del periodo en el fichero que, bajo el título “Entidades Hispanoamericanistas”, tenía la Junta Nacional de Comercio Español de Ultramar, visible en Rosario Márquez Macías, *Huelva y América. Cien años de Americanismo*. Revista *La Rábida* (1911-1933); en Rosario Márquez Macías, *Huelva y América. Cien años de Americanismo. Revista “La Rábida” (1911-1933)*. Sevilla, 2012. p. 24.

⁸ La primera gran inmersión sobre la relación entre Chacón y el flamenco la haría Juan de la Plata en la *Revista de Flamencología*, concretamente en un artículo titulado “Antonio Chacón Ferral (An - Cha - Fe) primer flamencólogo jerezano”.

raciones con *La Rábida* fueron fundamentalmente de carácter lírico, con contadas excepciones como la reclamación que haría – secundando una propuesta de José Marchena Colombo, presidente de la Colombina – de establecer en La Rábida una Biblioteca General de Autores Iberoamericanos.

En lo que concierne a Rafael Calzada, hablamos de una persona de especial relevancia tanto en España como en Argentina. Asturiano de origen, fue el primer abogado extranjero en revalidar su título en Argentina, llegando a ejercer – en un tiempo de particular escasez en lo que a publicaciones jurídicas se refiere – la dirección de la *Revista de Legislación y Jurisprudencia* y a cofundar la *Revista de los Tribunales*.

Su labor como jurista y abogado le granjearía una merecida fama en su país de acogida. No obstante su relevancia dentro del hispanoamericanismo hay que contemplarla desde la intensa actividad que desarrollo con todo tipo de asociaciones españolas allí presente – incluyendo las de carácter regionalista – en pro de acercar posturas entre España y los distintos países latinoamericanos. Dicho acercamiento quedará patente en muchos de los discursos pronunciados por Calzada en España y Buenos Aires, pudiendo hallar la transcripción de alguno de ellos en la revista *La Rábida*.

No obstante no está de más señalar cómo el discurso de Calzada se sustentará sobre una visión un tanto apologética del papel de España en América, con un reconocimiento menor de los posibles errores cometidos y, eso sí, una reivindicación del legado compartido como piedra angular de las relaciones presentes y futuras.

Otro de los colaboradores que podría quedar integrado en el grupo anterior – españoles en América – pero que por lo peculiar de su situación merece un apartado propio sería el puertorriqueño Vicente Balbás Capó.

La historia de Balbás Capó es la historia de uno de los principales defensores de la españolidad de Puerto Rico⁹. Periodista y

⁹ Sorprendentemente es un autor que ha despertado el interés de grupos diversos en Estados Unidos, Puerto Rico y España pero que no ha sido motivo

político, Balbás fue elegido diputado a Cortes en 1896. Sin embargo, fue a partir del Desastre de 1898 que su figura cobró un prestigio inusitado, sobre todo tras rechazar la ciudadanía estadounidense contrariando los planes norteamericanos de imponer su nacionalidad a todos los naturales de la isla (Ley Jones, 1917). En total fueron 288 los puertorriqueños que se negaron a secundar las órdenes de Washington, siendo Balbás el primero en ser juzgado por ello. Condenado en primera instancia a ocho años de prisión, finalmente sería absuelto tras apelar la sentencia sin embargo su negativa lo dejaría en una situación compleja: la imposibilidad de viajar al extranjero por carecer de pasaporte. Así, Balbás podía viajar a los Estados Unidos desde Puerto Rico y recorrerse el país norteamericano sin ningún tipo de cortapisas pero no podía salir de sus dominios pues para ello debía solicitar el correspondiente pasaporte estadounidense, lo que significaba de facto el reconocimiento de su nacionalidad. Tal situación no fue óbice para que el periodista se instalase en Nueva York y, desde allí, siguiese su campaña contra la presencia estadounidense en Puerto Rico, llegando a encabezar la oposición a que ningún puertorriqueño sirviese en el ejército norteamericano durante la Primera Guerra Mundial.

No fue hasta 1922 que Balbás pudo volver a salir al extranjero tras ver reconocida nuevamente su nacionalidad española. Ese año el periodista emprendería un largo viaje por Europa cuyo destino final sería, como no, España, siendo Huelva una de sus escalas. Sobre su estancia onubense podemos encontrar mucha información en la revista *La Rábida*, pero si por algo resulta interesante es porque daría paso a una intensa colaboración del puertorriqueño con la publicación, en la que haría gala de su hispanoamericanismo y de una visión unificadora en absoluto aislada dentro de la intelectualidad latinoamericana.

Vista la naturaleza de la revista a nadie puede extrañar que la inmensa mayoría de colaboradores extranjeros de *La Rábida* fuesen americanos. Sin embargo no podemos por ello menospreciar las colaboraciones procedentes de Europa. La mayor parte de

de una obra que compendiasen sus andanzas e intervenciones. En mi caso el conocimiento de sus escritos devino de uno de sus escasos investigadores, Felipe del Pozo Redondo, quien me señaló una de sus obras de oposición: *Puerto Rico, a los diez años de americanización*.

éstas procederían de Portugal – no en vano la revista también sería puesta a la venta en el país vecino – pero merece la pena resaltar una colaboración menor pero que, por la importancia del personaje, sería destacada en el cuadro de colaboradores permanentes de la publicación. Hablamos del cardenal Pietro Gasparri, jurista y diplomático vaticano, además de Secretario de Estado de la Santa Sede y artífice de los Pactos de Letrán entre la Italia de Mussolini y el Papa Pío XI. Ciertamente no puede decirse que Gasparri fuese un colaborador habitual de *La Rábida*, pero sí secundaria alguno de los actos conmemorativos de la Colombina rememorando el vínculo cristiano entre España y América. Así podemos encontrarlo en las celebraciones del 12 de octubre de 1922.

Revisada la menor, quedaría hablar de quienes constituirían el principal bloque de colaboradores de la revista: los colaboradores latinoamericanos. Algunos de los nombres que circularon por las páginas de *La Rábida* son personalidades que marcaron la vida política y cultural de sus países de origen cuando no de toda la América Hispana. Entre ellos podemos encontrar poetas como el mexicano Amado Nervo; ensayistas como Baldomero Sanín Cano, de Colombia; juristas como Federico Henríquez y Carvajal, de Dominicana; abogados como el centroamericano Salvador Mendieta; periodistas como el argentino Manuel Baldomero Ugarte; pedagogos como José Vasconcelos. Personalidades todas ellas que, si bien ubicamos en un campo concreto, destacaron en multitud de ámbitos.

Baste un ejemplo antes de pasar a referir a los citados: si bien Vasconcelos es conocido como el “Maestro de América” por su innegable labor pedagógica, su obra filosófica es señalada como una de las más trascendentes del siglo XX latinoamericano, con obras como *La Raza Cósmica* que supusieron un antes y un después en el siglo XX. No en vano se le considera uno de los principales impulsores del concepto de *mexicanidad* partiendo de la idea de mestizaje; una idea que se trasladaría a otras latitudes americanas como alternativa al pensamiento segregacionista.

Lo mismo podríamos decir en cuanto a su labor política, ocupando importantes cargos en un periodo especialmente convulso para México como fue el tiempo de la Revolución y los años post-revolucionarios. Entre sus méritos cabría destacar el impulso dado a

la educación mediante la construcción y rehabilitación de bibliotecas y escuelas rurales, la edición de libros o la promoción del arte y la cultura. Aparte, tendríamos que hablar de aquellos programas que impulsaría como Secretario de Instrucción Pública y que dan una idea de cómo su visión iba más allá de México para abarcar toda América Latina: la creación de las llamadas “embajadas culturales”, por ejemplo, llevaron a los más brillantes estudiantes mexicanos del momento a contactar con sus pares latinoamericanos. Sin embargo, Vasconcelos también procuró que no pocos estudiantes latinoamericanos disfrutasen de las infraestructuras y beneficios que estaban gestándose en México. Entre otros, el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, quien siempre resaltó su estancia mexicana como una experiencia clave en la conformación de su pensamiento latinoamericano y antiimperialista.

Otros como Federico Henríquez y Carvajal justificarían un libro con sus andanzas. En sus 103 años de vida tuvo tiempo de conocer el régimen colonial español de primera mano pero, a la par, también de entablar amistad con personalidades de la talla del puertorriqueño Eugenio María de Hostos o del cubano José Martí, apóstol de la independencia cubana, intelectual, poeta, escritor, educador y uno de los primeros en advertir las ansias expansionistas estadounidenses a expensas de la América Hispánica.

Tal alarma la comprobaría Henríquez de Carvajal en carne propia cuando, siendo presidente de la Suprema Corte de Justicia, contempló la primera ocupación de la República Dominicana por parte de tropas norteamericanas. Era el año 1916 y los marines no abandonarían el país caribeño hasta 1924. En ese periplo los invasores llegarían a ofrecer la presidencia a Henríquez a fin de normalizar su presencia en la isla. Sin embargo, la negativa del veterano político a aceptar el puesto no hizo sino incrementar el clima de tensión interna y la polémica en los foros internacionales, donde Francisco Henríquez y Carvajal, diplomático y hermano de Federico, ya había comenzado una campaña de protesta que le llevaría a Francia, Estados Unidos y otros puntos de la América Hispánica.

No está de más señalar cómo la política expansionista estadounidense influyó profundamente en las posiciones de muchos de los colaboradores, refractarios a toda intervención exterior en el

continente y, en particular, de sus vecinos del norte. Revistas como *La Rábida*, *Unión Ibero-Americana* o *Cultura Hispano-Americana* fueron espacios idóneos para hacer valer su oposición al imperialismo norteamericano.

No es extraño: el antagonismo entre el panamericanismo sustentado desde Washington y las premisas hispanoamericanistas ya se habían hecho evidentes aun antes de la Guerra de Cuba. Cuanto más a partir de la misma.

Si nos percatamos, hemos hablado de un Balbás Capó que llevará su oposición al extremo de rechazar una ocupación que la mayoría ya había asumido como un hecho consumado. También de un Vasconcelos que, como hombre de su tiempo y, en particular, de un México tan convulso como el de aquellos años, será testigo de las injerencias norteamericanas a través de su embajada. Y hablamos de injerencias que en absoluto pueden ser calificadas de menores, como la participación del embajador estadounidense Henry Lane Wilson en el complot que acabó con la vida del presidente Francisco Madero y su vicepresidente, José María Pino y el subsiguiente ascenso al poder de Victoriano Huerta (1913) o, ya bajo la presidencia de éste, el incidente de Tampico, que finalizó con el bombardeo y ocupación de Veracruz durante seis meses, de abril a noviembre de 1914.

Henríquez y Carvajal, como hemos visto, también será testigo de la invasión de su país por tropas norteamericanas, así como del fracaso del sueño independentista de su mentor, Eugenio María de Hostos, o el de su íntimo José Martí, por obra y gracia del intervencionismo norteamericano.

¿Dónde nos lleva todo esto? A constatar cómo las crónicas hispanoamericanistas de estos colaboradores deben ser interpretadas más allá de la sentimentalidad. Y es que la reivindicación del legado hispánico no debe contemplarse como una mera ponderación del pasado común sino como la designación de un punto de confluencia entre los países latinoamericanos. O, lo que es lo mismo, como una base desde la que crear un bloque común con el que enfrentar las presiones procedentes del exterior.

El colaborador que mejor ejemplificaría esta tendencia sería Manuel Ugarte. Ugarte es conocido como un icono del antiimperialismo de comienzos de siglo. Creador del término “Patria Grande”, tan utilizado en los últimos tiempos en el ámbito político latinoamericano, su discurso sobre la unidad continental y su oposición a las injerencias externas le llevaría a enfrentarse incluso al Partido Socialista Argentino de Juan Bautista Justo. Durante mucho tiempo su obra fue obviada por la intelectualidad de su país, al punto que el historiador Norberto Galasso definiría a Ugarte como “un argentino maldito”. No obstante, las puertas que se le cerraron en Argentina le serían abiertas en España, ganándose un merecido prestigio dentro de los círculos hispanoamericanistas bien fuera a través de sus obras o de sus colaboraciones.

La Rábida fue una de las publicaciones que se beneficiaría del concurso de Ugarte, ya fuese a través de sus escritos, comentarios, correspondencia o, incluso, como figura de referencia de otros colaboradores. No obstante la relación de Ugarte con Huelva y su provincia no quedaría limitada a sus textos, ya que en 1919 la Sociedad Colombina Onubense – aprovechando la presencia del escritor en España – lo designaría *mantenedor* de las Fiestas Colombinas.

De la estancia de Ugarte en Huelva podríamos hacer una larga descripción puesto que la revista hizo un gran despliegue en torno a los festejos y su presencia. Sin embargo, lo resumiremos en un breve extracto de uno de sus discursos, el pronunciado en el Certamen Literario Colombino, en el que glosaría el amor de las repúblicas latinoamericanas a España:

“... *más alta en su renunciamento que en su esplendor, España recibe hoy el premio a que ha sido acreedora por su desinterés y conserva el afecto entrañable de los pueblos que surgieran de su seno, de las naciones que emanaron de su sangre, de la vida nueva a que dio lugar su cultura, oyendo el clamor de lejanas tierras con acentos de amargura y dolor, como si la voz de la Historia se elevase para decirle; ¡Madre! ¡Madre inolvidable!*”¹⁰.

¹⁰ *La Rábida, Huelva*, Año IX, nº 98, 31 de agosto de 1919, p. 11. Disponible en <http://hdl.handle.net/10334/1435>.

Quien pronunciaba estas palabras era el mismo hombre que, apenas unos años antes, en su famosa “Carta a Wilson” (1913), había denunciado las intervenciones norteamericanas sin medias tintas, enunciando todas y cada una de las injerencias sufridas por el continente en los últimos quince años:

“Deseamos que a Cuba se le quite el peso doloroso de la enmienda Plat; deseamos que se vuelva á Nicaragua la posibilidad de disponer de su suerte, dejando que el pueblo deponga, si lo juzga menester, a los que lo gobiernan apoyados en un ejército extranjero; deseamos que se resuelva la situación de Puerto Rico de acuerdo con el derecho y la humanidad; deseamos que se repare en lo posible la abominable injusticia cometida con Colombia; deseamos que a Panamá, que hoy sufre las consecuencias de su pasajero extravío, se le conceda la dignidad de nación; deseamos que cese la presión que se ejerce en el puesto de Guayaquil; deseamos que se respete el archipiélago de Galápagos; deseamos que se conceda la libertad al heroico pueblo filipino; deseamos que Méjico no vea siempre suspendida sobre su bandera la espada de Damocles de la intervención; deseamos que los desórdenes del Putumayo no sirvan de pretexto para habilidades diplomáticas, y deseamos que las compañías que extralimitan su acción no se sientan apoyadas en sus injustas exigencias; deseamos que la república de Santo Domingo no sea ahogada por presiones injustificables; ... deseamos que los Estados Unidos se abstengan de intervenir en la política interior de nuestros países y que no continúen haciendo adquisiciones de puertos o bahías en el continente; deseamos que las medidas de sanidad no sirvan para disminuir la autonomía de las naciones del Pacífico; pedimos igualdad; pedimos respeto; pedimos, en fin, que la bandera estrellada no siga siendo símbolo de presión en el Nuevo Mundo”¹¹.

¿Eran estos discursos complementarios? Absolutamente. España no suponía ninguna amenaza para América Latina. España se conformaba con un liderazgo cultural-espiritual que sería cultivado desde el panhispanismo en el que acabaría cayendo el movimiento hispanoamericanista. Sin embargo, Estados Unidos sí se había despertado como un peligro para América Latina, siendo evidente una posibilidad mayor de oposición desde la unidad continental que por separado. Así, el legado español se convertiría en un punto en tor-

¹¹ Manuel Ugarte, *La nación latinoamericana*. Caracas, 1978, p. 82.

no al que congregarse. Y revistas como *La Rábida* en instrumentos capaces de canalizar dichas tendencias y hacerlas visibles no sólo a través de sus colaboradores sino, incluso, de sus propios socios y directivos. Valga como muestra un escrito de D. José Marchena Colombo en el que, reseñando un libro de Ugarte, asumía los males latinoamericanos como propios. Leemos: “ *el libro de Ugarte es un libro de carne, de nervio y de sangre que debían leer todos los que amen la raza y sientan sin retóricas, en espíritu y verdad, el ideal iberoamericano. «El Destino de un Continente», no es combate, pero sí una experiencia dolorosa que, de no escucharse se paga con las más terribles de las penas, con la de la pérdida de la libertad y con la de la patria mutilada*”.

Como conclusión, podemos decir que *La Rábida* – a través de sus colaboradores extranjeros – no sólo supuso una vía de contacto con los países latinoamericanos sino que levantó una atalaya desde la que contemplar, casi en primera persona, todo el acontecer político que allí se vivía en unos años especialmente convulsos. Cuanto más una oportunidad aprovechada con más o menos fortuna para volver a introducir el nombre de Huelva en círculos y ámbitos hasta entonces ignorados.

FUENTES

Fondo Histórico Digital de La Rábida (Universidad Internacional de Andalucía).

La Rábida: Revista Colombina Iberoamericana (Huelva: 1911-1933). URL: <http://dspace.unia.es/handle/10334/1055>.

BIBLIOGRAFÍA

Balbás Capó, Vicente, *Puerto Rico, a los diez años de americanización*. San Juan de Puerto Rico, Tip. Heraldo Español, 1910.

López Ocón, Leoncio, *Biografía de «La América»: una crónica hispanoamericana del liberalismo democrático español*. Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1987.

Márquez Macías, Rosario, *Huelva y América. Cien años de Americanismo*. Revista “La Rábida” (1911-1933). Sevilla, UNIA, 2012.

Márquez Macías, Rosario, *Huelva y América. Cien años de Americanismo*. Revista “La Rábida” (1911-1933); Rosario Márquez Macías, *Huelva y América. Cien años de Americanismo*. Revista “La Rábida” (1911-1933). Sevilla, UNIA, 2012, pp. 21-56.

Plata, Juan de la, *Antonio Chacón Ferral (An – Cha – Fe) primer flamencólogo jerezano*. Revista de Flamencología, nº 18, Año IX, 2º semestre de 2003, pp. 37-42.

Sepúlveda, Isidro, *Comunidad cultural e hispano-americanismo, 1885-1936*. Madrid, UNED, 1994.

Sepúlveda, Isidro, *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid, Fundación Carolina / Centro de Estudios Constitucionales / Marcial Pons, 2005.

Ugarte, Manuel, *La nación latinoamericana*. Norberto Galasso (comp. y prol.). Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978. Disponible en www.manuelugarte.org/modulos/manuel_ugarte/libro.pdf.